

6

MORALIDAD DEL VÍNCULO SOCIAL Y EDUCACIÓN MORAL EN DURKHEIM

(MORALITY OF SOCIAL BONDS AND MORAL EDUCATION IN DURKHEIM)

Alfredo Rodríguez Sedano y Ana Costa Paris
Universidad de Navarra

DOI: 10.5944/educxx1.16.2.2636

Cómo referenciar este artículo/How to reference this article:

Rodríguez Sedano, A. y Costa Paris, A. (2013). Moralidad del vínculo social y educación moral en Durkheim. *Educación XX1*, 16 (2), 115-134. doi: 10.5944/educxx1.16.2.2636

Rodríguez Sedano, A. & Costa Paris, A. (2013). Morality of social bonds and moral education in Durkheim. *Educación XX1*, 16 (2), 115-134. doi: 10.5944/educxx1.16.2.2636

RESUMEN

Emile Durkheim es considerado como uno de los principales fundadores de la moderna teoría sociológica. Forma parte de la segunda generación de sociólogos. Entre sus obras ocupa un lugar preferente *L'Éducation Morale*, una obra de referencia que busca asentar los elementos que constituye la moralidad social. De acuerdo con Besnard, el texto de *L'Éducation Morale*, tal como lo conocemos hoy, fue redactado durante el curso universitario 1898-99. En este artículo abordaremos la importancia que tiene su obra *L'Éducation Morale*, escrita hace más de un siglo, para la consolidación de la naturaleza moral del vínculo social.

Tras exponer que el vínculo social no es de naturaleza política o utilitaria sino que es de naturaleza moral, eso nos permitirá abordar cuáles son los ejes por donde discurre el pensamiento social de Durkheim. La tarea que se propone es bien clara: si la Sociología arranca de una patología que es moral su propósito es superarla y la meta es la reconstrucción moral de la sociedad. Para conseguirlo Durkheim ha de lograr la interacción entre Sociología y Educación. Finalmente, la fundamentación de la praxis humana en el contexto social en el que se desenvuelve conduce, en el pensamiento durkheimiano, a una teoría de la moralidad social y la educación moral. Esto nos permitirá abordar la vinculación que existe entre la naturaleza moral del vínculo social y la educación moral, de una parte; y de otra, los elementos que componen la moralidad.

ABSTRACT

Emile Durkheim is considered to be one of the main founders of the modern sociological theory. He is a member of the second generation of sociologists. Among his works, *L'Éducation Morale* occupies a prominent place. It is a reference work that seeks to establish the elements that constitute social morality. According to Besnard, the *L'Éducation Morale* text, as we know today, was written during the academic year 1898-99. In this article we will discuss the importance of his work *L'Éducation Morale*, written more than a century ago, for the consolidation of the moral nature of social bond.

We first state that the social bond is not political or utilitarian, but of a moral nature. This allows us to address the axes along which Durkheim's social thought develops. The proposed task is clear: if Sociology derives from a moral disease, its purpose is to overcome it, and the goal is the moral reconstruction of the society. To achieve this, Durkheim ensures the interaction between Sociology and Education. Finally, the foundation of human praxis in the social context in which it operates leads, in durkheimian thought, to a theory of the social morality and moral education. This will allow us to address the link between the moral nature of the social bond and moral education on the one hand, and on the other, the elements of morality.

INTRODUCCIÓN

Ser clásico conlleva trascender las coordenadas espacio-temporales, considerando a su autor o a su obra como un referente para entender el presente (Gözaydın y Gülsoy, 2011). ¿Puede considerarse la obra de Durkheim como la de un clásico? Según Ramos Torre (1999, VII) «si bien es cierto que lo que pensó [Durkheim] nos sigue ayudando a pensar la realidad en la que estamos, no lo es menos que su pensamiento también nos resulta extraño, como de otro mundo, muestra de una época que difiere mucho de la nuestra, hijo de evidencias que dejan de serlo». Y la razón de percibir así algunas ideas del pensamiento de Durkheim se debe, sin duda, a los fuertes cambios sociales producidos en este último siglo. Acontecimientos como dos guerras mundiales, el acelerado desarrollo de la economía, la revolución tecnológica o la sociedad de la información, entre otros pueden ser argumentos para matizar muchas de sus afirmaciones.

Ahora bien, de acuerdo con Debesse (2003, 11), «en medio de todo, es privilegio de los clásicos el conservar un interés siempre actual a través de problemas que han tocado y no han dejado de preocuparnos. Cuando Durkheim escribe: las transformaciones profundas a las que han sido sometidas o a las que se ven actualmente sometidas las sociedades contemporáneas, requieren las transformaciones correspondientes dentro del campo de la educación nacional, ¿cómo podríamos nosotros no sentirnos aludidos?».

La actualidad de Durkheim podemos verla también cuando un educador que observe las diversas problemáticas que a diario se presentan como «normales» —patológicas— en los medios de comunicación y en el ámbito profesional en el que desarrollamos nuestra actividad, la pregunta que se hace, de un modo u otro, puede sintetizarse de la siguiente forma: ¿se puede hacer algo desde la educación? Y podemos encontrarnos con esta respuesta: «he elegido el problema de la educación moral no sólo en razón de la primordial importancia que siempre le reconocieron los pedagogos, sino también porque se plantea actualmente en condiciones de particular urgencia. Probablemente en este terreno la conmoción sea más profunda y más grave, pues todo lo que puede disminuir la eficacia de la educación moral, todo lo que hace más incierta su acción, amenaza a la moralidad pública en su misma raíz. Por lo tanto, no hay problema que se imponga de manera más urgente a la atención del pedagogo» (Durkheim, 1992, 2-3). Cualquiera haría suya la elección de este tema ante las problemáticas que se observan en el ámbito social. Y, curiosamente, esas razones fueron puestas de manifiesto hace casi un siglo por Durkheim en su obra *L'éducation morale*. Esta misma idea la encontramos en *L'évolution pédagogique en France*: «si hoy día me decido a intentar esta empresa, no es solamente porque me siento mejor preparado, sino es también y sobre todo porque las circunstancias me parece que lo imponen; es por lo que responde, yo creo, a una necesidad actual y urgente» (Durkheim, 1938, 5).

Más allá de las problemáticas concretas que abordó y las soluciones puntuales que aportó, para comprender a Durkheim es preciso entender que su pensamiento se sitúa en la pluralidad de actores y acciones —en el sentido que lo expone Hannah Arendt (1993)— con los que interactúa, unas veces de modo desafortunado y en otras ocasiones no. Es una época, la suya, en la que no siempre se da una concordancia de voces en el modo de entender y comprender el contexto social en el que se va a desenvolver su pensamiento. Esto es clave para entender a Durkheim y su obra (Charles-Henry, 2011). Desde la perspectiva que aquí señalo, entonces, Durkheim no sería tanto un teórico de la acción, aún con toda la importancia que ésta tiene en su obra, sino un teórico de la pluralidad, dado que ésta constituye para él el principio normativo fundacional de la política y de la praxis. No es de extrañar, desde este punto de vista, que la escuela sea considerada por Durkheim como un microcosmos social (Dill, 2007).

La obra de Durkheim, como señala Ramos Torre (1999, VIII-IX), «fue siempre compromiso y misión; por lo tanto una tarea para, con y frente a otros. Fue compromiso porque era la obra de un republicano fuertemente identificado con el ideal político, civilizatorio y cultural de la III República (...) Pero fue también concebida como misión, pues la tarea de poner en pie una nueva sociología, libre del descrédito en que había caído y legitimada plenamente en el entramado republicano, fue vivida por Durkheim como si de una misión religiosa se tratara».

No cabe duda de que esta certera observación permite señalar que el legado de Durkheim —un siglo después— sigue siendo clave para entender muchos planteamientos de teóricos de la educación de hoy día (Coenen-Huther, 2010). A este propósito se ha dicho no sin razón que «la cultura es la lectura». Y hay que leer los clásicos. ¿Por qué? Responde Italo Calvino (1995, 15): porque «un clásico es un libro que nunca termina de decir lo que tiene que decir». Pero ¿sirve para algo? Y contesta condescendiente: «Los clásicos sirven para entender quiénes somos y adónde hemos llegado» (Calvino, 1995, 19-20). ¿Y qué utilidad tiene eso? «La única razón que se puede aducir es que leer los clásicos es mejor que no leer los clásicos» (Calvino, 1995, 19-20). Esta es la razón por la que abordaré en este artículo la importancia que tiene su obra la Educación Moral escrita hace más de un siglo para la consolidación de la naturaleza moral del vínculo social. Un detalle que conviene mencionar antes de acabar esta introducción. De acuerdo con Besnard (1973, 124), el texto de *L'éducation morale*, tal como lo conocemos hoy, fue redactado durante el curso universitario 1898-99.

1. LA NATURALEZA MORAL DEL VÍNCULO SOCIAL

Comencemos por una certera apreciación que hace Durkheim: la naturaleza del vínculo social es ante todo de naturaleza moral. En este sentido, afirma Múgica (2004, 5) que «del mismo modo que, para salvar la especificidad del hecho social como objeto de la sociología, Durkheim construye las condiciones de la objetividad científico-social, cuando se plantea demostrar la naturaleza moral del vínculo social «construye» las condiciones de la solidaridad». Esta es sin duda una de las grandes cuestiones que trata de abordar Durkheim y que nos servirán como punto de partida para resaltar su aportación a la Educación a través de su obra *L'éducation morale*.

Siguiendo el planteamiento de Múgica, para tratar de demostrar que la naturaleza del vínculo social es moral, Durkheim inicialmente ha de desechar otras dos formas de vinculación que están muy presentes en el pensamiento social. De una parte, la política y de otra el interés personal «que caracteriza tanto a la tradición utilitarista como a la contractualista» (Múgica, 2004, 8). Veamos qué razones aporta para desechar la política y el interés como elementos apropiados para la vinculación social.

1.1. La política como forma de vinculación social

Para desechar la política como forma de vinculación social, Durkheim se apoyará en Montesquieu, a través de su obra *El espíritu de las leyes*, para hacer notar que en el origen de la ciencia social se incoa un tránsito de lo

político a lo social, que toma el puesto central en la vida humana y desplaza a lo político. Al mismo tiempo que se produce esa deconstrucción, la sociología se separa progresiva e inexorablemente de la política. Efectivamente, «en este cambio radical Montesquieu es muy útil. Sobre todo si se le lee desde una sola perspectiva: la de un autor que descentra las leyes, y con ellas lo político, de la mira de lo humano. (...) Dicho de otra manera, si se ponen en relación diversos factores —el clima, la religión, las máximas de gobierno— lo político pierde protagonismo y queda reducido a un elemento más a explicar. Lo social toma entonces su puesto» (Béjar, 2000, XV). Esta idea la expresa Durkheim (1970, 225) en «*Les principes de 1789 et la sociologie*» (1890): «a medida que se constituye la sociología, se separa cada vez más nítidamente de lo que se ha llamado, por lo demás de un modo bastante impropio, las ciencias políticas, especulaciones bastardas, a mitad de camino de la teoría y de la práctica, de las ciencias y de las artes, que todavía se confunden a veces erróneamente con la ciencia social».

Durkheim (1953, 50) advierte de modo mucho más nítido que Montesquieu el alcance que encuentra en su perspectiva sociológica. Ciertamente las leyes a las que se refiere Montesquieu «resultan no de la naturaleza del hombre, sino de la naturaleza de las sociedades. Sus causas hay que buscarlas no en el espíritu humano, sino en las condiciones de la vida social». De este modo, todo el sistema de leyes «las hace derivar de la naturaleza del cuerpo social y no de la del hombre» (Durkheim, 1953, 52). Y así el marco ético en el que los seres humanos ejercitan su libertad se hace autónomo de lo político y se vuelve objeto de la sociología.

Lo social se emancipa de lo político y así «para que la ciencia social exista realmente, es preciso que las sociedades posean una cierta naturaleza que resulte de la naturaleza misma de los elementos que las componen así como de su disposición, y que sea la fuente de los hechos sociales: una vez planteados estos elementos, ese personaje del legislador y su leyenda se desvanecen» (Durkheim, 1953, 41). En suma, el vínculo social no es ni puede ser ya un vínculo político.

1.2. El interés como forma de vinculación social

Respecto al interés personal no es la utilidad, ya sea definida en el plano individual o colectivo, la que determina lo social. Este designa siempre un «más allá de la utilidad», y no una versión colectiva o agregada del interés (Laval, 2002, 232). En la medida que los seres humanos forman una sociedad, «necesariamente hay unas reglas que presiden sus relaciones y, en consecuencia, una moral» (Durkheim, 1986, 140). Lo que subyace en este planteamiento es que la esencia de la moral es el desinterés, la abnega-

ción y el espíritu de sacrificio. «(...) La subordinación de la utilidad privada a la utilidad común cualquiera que sea tiene siempre un carácter moral, pues implica necesariamente cierto espíritu de sacrificio y de abnegación» (Durkheim, 1986, XV). Y esas reglas morales enuncian «las condiciones fundamentales de la solidaridad social. El derecho y la moral son el conjunto de vínculos que nos ligan unos a otros y a la sociedad» (Durkheim, 1986, 393).

En el *Prólogo* a la segunda edición de *La división del trabajo social*, y al tratar de los grupos profesionales y sus funciones sociales, se encuentra una breve descripción de la génesis de la vida moral: «pero una vez que el grupo se ha formado, se desprende de él una vida moral que lleva de un modo natural la huella de las condiciones particulares en las que se ha formado. Pues resulta imposible que hombres que viven juntos, estén en contacto de un modo regular sin que lleguen a sentir el todo que forman por su unión, sin que se vinculen en ese todo, se preocupen de sus intereses y lo tengan en cuenta en su conducta. Ahora bien, esa vinculación a algo que excede al individuo, esa subordinación de los intereses particulares al interés general es el origen mismo de toda actividad moral» (Durkheim, 1986, XVI-XVII).

La forma como el utilitarismo afronta el hecho humano y social de la cooperación pone de manifiesto todas sus limitaciones teóricas y sus carencias morales. Los utilitaristas «suponen en el origen individuos aislados e independientes, que, en consecuencia, no pueden entrar en relación más que para cooperar, pues no tienen otra razón para franquear el intervalo vacío que les separa y para asociarse. Pero esta teoría, tan extendida, postula una verdadera creación *ex nihilo*» (Durkheim, 1986, 263).

1.3. La moralidad como forma de vinculación social

En suma, el supuesto fundamental es que toda sociedad es una sociedad moral (Durkheim, 1986, 207) y que es la naturaleza, forma y contenido de la moral los que caracterizan el vínculo social: su tipo e intensidad. De ahí que la tesis nuclear de la sociología durkheimiana es que el vínculo social es ante todo una realidad de naturaleza moral.

Y así puede verse cómo en la sociología de Durkheim la división del trabajo da origen a un nuevo tipo de solidaridad, es decir, a un nuevo tipo de moralidad fundado en la utilidad social que cada uno tiene para todos los demás. «Porque el individuo no se basta, es de la sociedad de donde recibe todo lo que le es necesario, del mismo modo que trabaja para ella. De este modo se forma un sentimiento muy fuerte del estado de dependencia en el que se encuentra: se acostumbra a estimarse en su justo valor, es decir, a no mirarse más que como la parte de un todo, el órgano de un organismo.

Tales sentimientos nos inspiran naturalmente no solamente esos sacrificios diarios que aseguran el desarrollo regular de la vida cotidiana, sino también llegado el caso, actos de renuncia completa y enteramente de abnegación» (Durkheim, 1986, 207). En este texto pueden observarse los rasgos que caracterizan la vida moral: desinterés, renuncia, abnegación y espíritu de sacrificio. Rasgos que son los que caracterizarán, a la postre, la naturaleza moral del vínculo social.

Sociedad y moralidad en Durkheim (1986, 394) van de la mano. Aún más será la sociedad la condición de posibilidad de la moralidad en la medida en que la sociedad es moral. «La sociedad no es, pues, como se ha creído con frecuencia, un acontecimiento extraño a la moral o que tiene sobre ella únicamente repercusiones secundarias; por el contrario, es su condición necesaria. No es una simple yuxtaposición de individuos que, al entrar en ella, aportan una moralidad intrínseca; sino que el hombre es un ser moral únicamente porque vive en sociedad, puesto que la moralidad consiste en ser solidario de un grupo y varía lo mismo que esta solidaridad».

En efecto, la moralidad específica de la modernidad es la moralidad de la cooperación, la cual presenta inequívocamente unos rasgos distintivos; esta moralidad «se desarrolla a medida que la personalidad individual se fortifica. Por reglamentada que esté una función, siempre deja un amplio espacio a la iniciativa de cada uno. Incluso muchas obligaciones que son así sancionadas tienen su origen en una elección de la voluntad» (Durkheim, 1986, 208).

La cooperación social nos enseña de continuo que tenemos deberes respecto de los demás y por eso mismo, sostiene Durkheim, también la cooperación tiene su moralidad intrínseca. «El utilitarismo, tal como es visto por Durkheim, traduce de manera deformada los dos aspectos complementarios de la división del trabajo, la autonomización de los individuos especializados y la coordinación de las funciones al nivel de la sociedad» (Laval, 2002, 254).

2. LA META A ALCANZAR: LA RECONSTRUCCIÓN MORAL DE LA SOCIEDAD

Aclarada la naturaleza moral del vínculo social, es muy ilustrativa una reflexión durkheimiana: «estando convencidos de que el mal que sufren las sociedades europeas es esencialmente moral, estimamos que el estudio de la sociología debe aplicarse sobre todo al problema moral (...) Nuestros trabajos, nuestra práctica docente en sociología, sin circunscribirse dentro de límites estrechamente marcados, se han dirigido con preferencia al estudio de los fenómenos morales» (Durkheim, 1895, 691).

De acuerdo con esta declaración de intenciones, podemos ver, implícita o explícitamente, los ejes que recorren su pensamiento en orden al fin que se propone: la reconstrucción moral de la sociedad.

2.1. Sus motivaciones

Inicialmente, se destaca la conciencia de vivir en una sociedad en crisis que solicita una intervención del saber científico para superarla. En este sentido, señala Ramos Torre (1999, 37), «la sociología —de Durkheim— arranca como discurso sobre la patología contemporánea, sobre el malestar social, en pos de una respuesta terapéutica». Esa crisis social está íntimamente relacionada con la intensificación de la vida social. «A medida que las sociedades crecen y se hacen más densas, se hacen también más complejas, el trabajo se divide, las diferencias individuales se multiplican, y vemos cómo se acerca el momento en el que no quedará nada en común entre los miembros de un mismo grupo humano, a no ser el hecho de que todos son hombres» (Durkheim, 1990, 382).

Como reformador social, Durkheim busca soluciones a la crisis social. En *Le Suicide* Durkheim establece una relación entre crisis y anomia que permite entender la necesidad de abordar una reconstrucción moral de la sociedad. El suicidio es un tipo de anomia muy característico de las sociedades modernas avanzadas. Esta cuestión es abordada en un artículo titulado «Suicide et natalité. Étude de statistique morale» (1888b); posteriormente en *De la division du travail social* (1986, 225-230) y finalmente en la obra *Le Suicide* (1990). Un amplio estudio de esta cuestión puede verse en Besnard (1973). Lo que Durkheim pretende resaltar con la anomia es la falta de regulación, de control moral, que sufren muchos espacios de la vida social como producto de un proceso acelerado de cambios que no ha dejado el tiempo necesario como para que se proceda a la institucionalización (Ramos Torre, 1999, 257-260; Riba, 2008, 335-347).

De modo similar a como las crisis económicas pueden ser de prosperidad o de depresión, la anomia —el estudio de la anomia económica tiene lugar en un célebre pasaje de la obra *Le Suicide* (Durkheim, 1990, 272-288)— puede tener dos formas a las que hay que atender: progresiva y regresiva. «Ya sea progresiva o regresiva, la anomia, al liberar las necesidades de todo freno, abre la puerta a las ilusiones y, por consiguiente, a las decepciones» (Durkheim, 1990, 322). Quizá lo interesante de esta afirmación sea destacar, una vez más, que se trate de una anomia u otra, al final el análisis aboca al complejo dinamismo de las pasiones humanas. En este sentido, afirma Múgica (2005, 84) que «toda situación social de efervescencia implica un acrecentamiento de las pasiones correspondientes. Hay, pues, una relación directa entre intensificación de la vida social e intensificación de la vida pasional».

Arranca, por consiguiente, Durkheim de una patología —la anomia— para proponer una respuesta terapéutica —formas morales de acción—. En un conocido pasaje de *L'éducation morale* lo afirma de modo claro: «las épocas en que la sociedad desintegrada, en razón de su decadencia, atrae con menos intensidad a las voluntades particulares, y en las que, por consiguiente, el egoísmo campa por sus respetos más libremente, son épocas tristes» (Durkheim, 1990, 61). La forma de curar los males de la sociedad moderna radica en buscar formas morales de acción.

En otro texto Durkheim (1990, 363) pone de manifiesto que la patología es una desviación, por defecto o por exceso, de un fenómeno que, en sí mismo, es considerado normal. «No hay ideal moral que no combine, en proporciones variables según las sociedades, el egoísmo, el altruismo y una cierta anomia. La vida social supone a la vez que el individuo tiene una determinada personalidad, que está dispuesto, si la comunidad se lo exige, a renunciar a ella, y en fin, que está abierto, en cierta medida, a las ideas de progreso. Por eso no hay pueblo en el que no coexistan estas tres corrientes de opinión, que inclinan al hombre en tres direcciones divergentes, y en ocasiones contrarias. Allí donde se moderan mutuamente, el agente moral se encuentra en un estado de equilibrio que le pone al abrigo de cualquier idea de suicidio. Pero basta con que una de ellas rebase un determinado grado de intensidad en detrimento de las otras para que, por las razones expuestas, se convierta en suicidógena al individualizarse». Cada forma de suicidio, representa para Durkheim (1990, 263), una forma exagerada o desviada de una virtud.

Ante esta patología, que adquiere diversas formas, es preciso proponer formas morales de acción que impidan que la intensificación de la vida social, dé lugar a este tipo de patologías. Y al hablar de las formas morales de acción pone el acento en la moral profesional, otorgando a los diversos grupos profesionales de una auténtica consistencia que aún no tienen. La esperanza que alberga Durkheim (1996, 54) es que la ética profesional sea capaz de convertirse en un soporte de regulación social, por su valor integrador, terapéutico y moralizante. Esa será la misión de la Ciencia Moral, reconciliar ciencia y moral; moral y sociedad.

En otro texto podemos ver la importancia que otorga Durkheim (1950, 52) a evitar este tipo de patologías. «Es sumamente importante que la vida económica se regule, se moralice (...). Pues es necesario que en este orden de funciones sociales, se constituya una moral profesional más concreta, más cercana a los hechos, más extensa de lo que hoy está. Es preciso que haya reglas que digan a cada uno de los colaboradores sus derechos y sus deberes (...). Todas estas relaciones no pueden quedar en ese estado de equilibrio perpetuamente inestable. Pero una moral no se improvisa. Es

obra del propio grupo al que debe aplicarse (...) En consecuencia, el verdadero remedio al mal es otorgar a los grupos profesionales, en el orden económico, una consistencia que no tienen». Y, como la moral no se improvisa será objeto de atención preferente en el empeño de la reconstrucción moral de la sociedad. En *La division du travail social* (1986, 406) lo señala de modo claro: «Nuestro deber prioritario actual consiste en construirnos una moral».

2.2. Objeto de atención preferente

Si tenemos la conciencia de vivir en una sociedad en crisis, queda patente que en toda su obra el objeto de atención preferente es la moral. Ahora bien, una moral vivida como el problema nuclear de toda la sociedad contemporánea. «La sociedad no es únicamente un objeto que atrae hacia sí, con una intensidad desigual, los sentimientos y la actividad de los individuos. La sociedad es también un poder que los regula» (Durkheim, 1990, 264). La tesis que está presente de fondo en la sociología durkheimiana es poner de manifiesto, nuevamente, que el vínculo social es ante todo una realidad de naturaleza moral.

De acuerdo con ese punto de partida, Ramos Torre (1999, 59) señala en qué va a consistir la teoría general y normativa de la moral que propondrá Durkheim. «Especificando la doble cara de su objeto: toda moral ha de constar de un sistema de deberes que actúe como un ambiente externo y constrictivo sobre el actor; y de un sistema de ideales que actúe como presencia interna y atractiva para él; la moral como deber y como bien».

En un pasaje de *L'Education morale* (1992, 100) lo dice de modo claro: «Es una moral del deber, pues no hemos dejado de insistir en la necesidad de la regla y de la disciplina; pero al mismo tiempo, es una moral del bien, puesto que asigna a la actividad del hombre un fin que es bueno, y tiene en sí lo que se precisa para despertar el deseo y atraer la voluntad». Y ambos elementos —deber y bien— hacen referencia a una misma realidad que es la sociedad que como tal es moral. «Ahora bien, es fácil ver que el deber es la sociedad en tanto que nos impone reglas, asigna límites a nuestra naturaleza; mientras que el bien es la sociedad, pero en tanto que es una realidad más rica que la nuestra» (Durkheim, 1992, 82).

En la *Détermination de fait moral* (1996, 67), Durkheim insiste en la misma idea con mayor rotundidad. «Jamás de lo deseable podrá extraerse la obligación, puesto que el carácter específico de la obligación es, en cierta medida, hacer violencia al deseo. Es tan imposible derivar el deber del bien (o a la inversa) como deducir el altruismo del egoísmo». En estos textos de

L'education morale y la *Détermination du fait moral*, Durkheim deja bien claro que es moral lo que obliga y somete a la sensibilidad; pero también es moral lo que interesa y atrae.

La moral a la que hace referencia Durkheim tiene una clara dimensión ascética vinculada a la acción social: «ésta exige un sentido del altruismo, el sacrificio y la abnegación. Estas son sus propias exigencias estructurales, naturalmente de índole moral» (Múgica, 2004, 126).

Ese sacrificio que la sociedad exige no es puntual. Más bien, «todo hace prever, por el contrario, que la importancia del esfuerzo siempre irá creciendo con la civilización» (Durkheim, 1970, 331). La civilización no sólo no simplifica la vida ética, sino que la hace más compleja. La razón es la intensificación de la vida social. «Cuantos más numerosos son los actores sociales y la acción que ejercen unos sobre otros es más amplia en extensión e intensidad, los efectos de acción-reacción se multiplican por doquier. En consecuencia la vida social se hace considerablemente más intensa, al tiempo que el actor social se dispersa en multitud de tareas cada una de las cuales capta su atención (...). De ahí que el esfuerzo de atención moral tenga que intensificarse en la medida que lo hace la vida social» (Múgica, 2004, 127). Y es precisamente «esta intensificación lo que constituye la civilización» (Durkheim, 1986, 330).

2.3. Meta a alcanzar

Y, por consiguiente, la meta a alcanzar parece clara: si la Sociología arranca de una patología que es moral, por la identificación entre crisis social e intensificación de la vida social, su propósito es superarla y la meta es la reconstrucción moral de la sociedad. Así lo plantea Ramos Torre (1990, 37). «Si la sociología surge como reflexión sobre el desarreglo, y ese desarreglo es fundamentalmente moral, su propósito es superarlo y la meta apetecida a la que conduce es la reconstrucción moral de la sociedad».

¿Cómo lograr esa meta? La tarea que se propone Durkheim es lograr la interacción entre Sociología y Educación. Ahora bien, la Sociología como ciencia social tenía inicialmente un papel subordinado y sobredeterminado por los proyectos políticos del Ministerio. Tenía un fin estricto y no podía ir más allá. Se presentaba la Sociología como «un instrumento poderoso de educación moral» (Durkheim, 1976, 183-184). De ahí que la tarea inicial de Durkheim era mostrar a la Sociología como ciencia autónoma, expansiva e imperialista. Pero eso exigía mostrarse como ciencia republicana y progresista. Desde la óptica republicana, la ciencia era un saber para la acción. La nueva ciencia social lo será también y lo hará claramente explícito. De este

modo, educadora, la sociología, en cuanto que republicana y progresista es reformista. Una reforma que persigue como objetivo republicanizar las instituciones de enseñanza superior mediante la redefinición de sus objetivos temáticos y procedimientos metodológicos. Recuerda Durkheim (1971, 173) al hablar de la moral laica, que «la mayor parte de nuestros muchachos se forma en las escuelas públicas, que tienen que ser las guardianas por excelencia de nuestro tipo nacional». Se está refiriendo al tipo republicano que impera en la sociedad francesa.

Los medios que se utilizan para llevar a cabo esa reforma son peculiares ya que no hay un antecedente consolidado. «Para realizar tal operación se utilizaban medios muy peculiares, ya que se introducían disciplinas que estaban todavía por nacer, que carecían en su mayoría de un cuerpo de especialistas suficientemente maduros como para que la institucionalización académica resultara una simple consagración de lo ya existente» (Ramos Torre, 1999, 11). Los cambios y las reformas tienen una clara orientación vertical. Se imponen desde arriba no como respuesta a las necesidades intelectuales vigentes, sino más bien con ese afán de republicanizar la educación y con ella la sociedad. «Todas estas innovaciones constituyen innovaciones desde arriba: las decisiones emanan de la administración universitaria y no responden a necesidades intelectuales, en el sentido de que inician al mismo tiempo que coronan los movimientos de investigación en el seno de sus especialidades temáticas» (Karady, 1976, 278).

No cabe duda de que esta situación es un tanto especial. La aparición de las ciencias sociales emerge con un claro matiz político de servidumbre. A esto habría que añadir la carencia de un aparato epistemológico que le de consistencia, pues nos encontramos en su nacimiento. Con este marco social, político y académico, «estamos, pues, ante una decisión política cuyo sentido no es difícil de establecer. Lo que se pretendía era renovar profundamente el campo de estudios de la moral y la educación, y esto tanto metodológica como temáticamente. Metodológicamente se pretendía superar el deductivismo tradicional en introducir los procedimientos científicos. En términos temáticos, se pretendía abrir a estudio la actualidad moral y, más en concreto, el problema que se nucleaba alrededor de la reforma educativa y la crucial *question morale*. Con esto la sociología aparecía como discurso republicano y laico» (Karady, 1976, 13). Durkheim (1992, 52) era bien consciente de esta identidad: «el surgimiento de la sociología y el progreso de la moral laica (...) son solidarios entre sí».

Esta identidad era bien importante que el educador la tuviese clara. No en vano de esa identidad va a depender el progreso de la moral laica y la efectiva reconstrucción moral de la sociedad. Efectivamente —afirma Durkheim (1971, 179)—, «cuando el educador era consciente de que hablaba

en nombre de una realidad superior; se sentía levantado sobre sí mismo y con un suplemento de energía. Si no conseguimos que conserve esta conciencia, aun cuando basada en otros motivos —se refiere a los valores republicanos— nos exponemos a tener una educación moral privada de vida y de prestigio». Es por ello por lo que la enseñanza de la sociología estará siempre estrechamente ligada al estudio de la educación y la pedagogía.

3. MORALIDAD SOCIAL Y EDUCACIÓN MORAL

La fundamentación de la praxis humana en el contexto social en el que se desenvuelve conduce, en el pensamiento durkheimiano, a una teoría de la moralidad social y la educación moral (Rodríguez y Aguilera, 2009). Para ello será preciso atender a los conceptos de «integración», el de «hecho social» y su característica «exterioridad», y el de la «obligatoriedad» como fundación del hecho moral. Estos conceptos son el modo como los hombres se vinculan a la sociedad (función de integración) y el modo como la sociedad regula la conducta de los individuos (función de regulación) (Ramos Torre 1999, 44-45).

La teoría de la moralidad social encuentra que «en el propio mal habita el remedio y ese remedio lo proporciona la conciencia» (Múgica, 2005, 18) y tiene como finalidad poner en armonía las pasiones con las facultades, de modo que el querer nunca exceda el poder. Para ello será necesario encajar el deseo en los límites de lo posible. Un poder que sea a la vez exterior y moral puede desempeñar ese papel regulador, pues la *contrainte* física carece de sentido. «En la medida en que los apetitos no están automáticamente contenidos por mecanismos fisiológicos, no pueden detenerse más que ante un límite que ellos reconozcan justo. Los hombres no consentirían limitar sus deseos si pensasen que pueden superar el límite que les ha sido impuesto» (Durkheim, 1990, 275). Dos textos de *L'éducation morale* ponen de manifiesto la importancia que Durkheim otorga a la «integración», el de «hecho social» y su característica «exterioridad», y el de la «obligatoriedad» como fundación del hecho moral.

De una parte, Durkheim (1992, 93) tiene claro que nuestra naturaleza ha de ser limitada, no sometida a las fuerzas exteriores, de modo que el deseo quede limitado en los límites de lo posible. «En efecto, la obligación es un elemento esencial del precepto moral (...). Toda nuestra naturaleza tiene necesidad de ser limitada, contenida, delimitada (bornée); nuestra razón tanto como nuestra sensibilidad. Pues nuestra razón no es una facultad trascendente: forma parte del mundo y, por consiguiente, sufre la ley del mundo. Todo lo que está en el mundo es limitado, y toda limitación supone fuerzas que limitan. Para poder concebir, incluso en los términos que acabo de decir,

una autonomía pura de la voluntad, Kant estaba obligado a admitir que la voluntad, al menos la voluntad en tanto que puramente racional, no depende de la ley de la naturaleza. Estaba obligado a hacer de ella una realidad aparte dentro del mundo, sobre la que el mundo no actúa, que, replegada sobre sí misma, quedaba sustraída a la acción de las fuerzas exteriores».

De otra parte, la actividad humana está regulada externamente por su vinculación con los demás individuos con los que se relaciona. «De modo que no es cierto que la actividad humana pueda prescindir de todo freno. No hay nadie en el mundo que pueda gozar de semejante privilegio. Porque cualquier ser vivo, al formar parte del universo, tiene que ver con el resto del universo; su naturaleza y la manera en que la manifiesta no depende por tanto únicamente de él mismo, sino de los demás seres vivos que, a consecuencia de ello, le refrenan y le moderan» (Durkheim, 1992, 279).

3.1. Vinculación entre moralidad social y educación moral

Para entender la vinculación existente entre la naturaleza moral del vínculo social y la educación moral, es sugerente atender a la relación que Philippe Besnard (1993) hace entre *Le Suicide* y el curso sobre *L'éducation morale*. Encuentro ahí, precisamente, el modo de entrelazar la moralidad social con la importancia que Durkheim otorga a la educación moral.

Efectivamente, en el curso sobre *L'éducation morale* (escrito después de la publicación de *Le Suicide*), se encuentra la única profilaxis frente a los tipos de suicidio que caracterizan a las sociedades modernas (Jason, 2012). Así el espíritu de disciplina es el antídoto del suicidio anómico, mientras que la vinculación al grupo social lo es frente al suicidio egoísta, y la autonomía de la voluntad actúa contra el suicidio altruista.

La educación moral se presenta en Durkheim como garante de la cohesión social, de la conciencia colectiva, de las representaciones. El universalismo moral —intrasocial, no metasocial a diferencia de Comte, en la medida en que la moral se fundamenta en la sociedad—, tal y como lo entiendo en Durkheim, es un elemento clave para lo que se viene tratando, pues la sociedad actúa como elemento unificador de la regulación e integración. «No es nuestra tarea —afirma Durkheim (1992, 173)— buscar cuál tiene que ser la educación moral para el hombre en general, sino para los hombres de nuestro tiempo y de nuestro país». Por consiguiente, habrá tantas morales como sociedades existan. En un pasaje de *La science positive de la moral en Allemagne* (1888, 42-43) lo afirma con nitidez: «Pero si la moral está en este punto ligada a las sociedades, debe compartir con ellas su destino y cambiar a la vez que ellas».

Regulación e integración son dos caras de una misma realidad que es la sociedad, que, como tal, es moral. A este propósito, Ramos Torre (1999, 59) señala cómo la teoría general y normativa de la moral que Durkheim propone, especifica la doble cara de su objeto: «toda moral ha de constar de un sistema de deberes que actúe como un ambiente externo y constrictivo sobre el actor, y de un sistema de ideales que actúe como presencia interna y atractiva para él; la moral como deber y como bien». Y así puede intuirse como la moral tiene para Durkheim (1888, 44-45) una importante función social. «La moral no es un sistema de reglas arbitrarias que el hombre encuentra escritas en su conciencia o que el moralista deduce desde el fondo de su despacho. Es una función social o más aún un sistema de funciones que se forma y consolida poco a poco bajo la presión de las necesidades colectivas». De ahí que sea preciso no obviar el papel que juega la educación moral acerca de la moralidad social. «Es menester descubrir, afirma Durkheim (1971, 178), los sustitutivos racionales de aquellas nociones religiosas que durante tanto tiempo han servido de vehículo a las ideas morales más esenciales». Se está refiriendo a los elementos de la moralidad que conforman la educación moral.

3.2. Elementos de la moralidad

Bajo esta perspectiva, regularizar la conducta es una función esencial de la moral, por más que la regularidad no sea por sí misma un elemento de la moralidad. En el pensamiento durkheimiano el análisis de la regla conduce a la noción de autoridad moral. «Las reglas morales deben ser investidas de autoridad, sin la cual serían ineficaces» (Durkheim, 1992, 64). De ahí se pasa a la disciplina, cuyo objeto es regularizar la conducta. «Podemos, pues, decir que la moral es un sistema de reglas de acción que predeterminan la conducta» (Durkheim, 1992, 31). Tenemos, por consiguiente, el primer elemento de la moralidad: el espíritu de disciplina. Su finalidad es sustraer a la conducta de la arbitrariedad del deseo y de las necesidades. «Es precisamente a ese dominio de sí al que nos dirige la disciplina moral» (Durkheim, 1992, 40). De este modo, el deber de formar la voluntad es una tarea común y principal de la educación. Su finalidad es formar en el educando la personalidad.

El primer elemento de la moralidad expresa únicamente lo que hay de más formal en la vida moral. Sin embargo, hay actos prescritos por preceptos morales. Dichos actos por ser morales y pertenecer a un mismo género, presentan rasgos comunes. Durkheim se propondrá estudiar esos rasgos comunes que se encuentran en toda acción moral, de acuerdo con el sentido de finalidad distinguiendo entre fines personales y fines impersonales. El planteamiento de Durkheim (1992, 51) será que la acción moral persigue fines impersonales, es decir, supraindividuales.

De ahí surge el segundo elemento de la moralidad que consiste en la vinculación a un grupo social del que el individuo forma parte. El principio que inspira esta tesis, Durkheim (1992, 55) lo formula del siguiente modo: «el ámbito de la vida verdaderamente moral no comienza más que allí donde lo hace la vida colectiva, o, en otros términos, que no somos seres morales más que en la medida en que somos seres sociales». Para Durkheim (1992, 58) esa vinculación al grupo social no conlleva una renuncia a las condiciones naturales que son propias de la individualidad. «No es verdaderamente él mismo, no realiza plenamente su naturaleza más que a condición de vincularse a ella». Si el espíritu de disciplina forma en el educando la personalidad, mediante el dominio de sí; la vinculación social tiene la misma finalidad, en la medida en que el sistema de ideas, sentimientos, hábitos y tendencias, conciencia, que conforman las personas, es más rico en contenidos.

Pero vincularse al grupo social conlleva también una vinculación al ideal que está presente en ese grupo (Durkheim, 1992, 101). De este modo, grupo social e ideal social son las mediaciones morales que se dan en la solidaridad intersubjetiva.

El tercer elemento de la moralidad lo constituye la autonomía de la voluntad. En el curso sobre la educación moral se insiste en reconocer que el ideal de la autonomía de la voluntad es un hecho moderno que forma parte de la moderna moral de la persona. «Esa es tal vez la mayor novedad que presenta la conciencia moral de los pueblos contemporáneos: que la inteligencia se ha convertido y lo hace cada vez más en un elemento de la moralidad. Ésta, que, primitivamente, residía completamente en el propio acto, en la materia de los movimientos que la constituían, asciende cada vez más hacia la conciencia» (Durkheim, 1992, 101).

La autonomía moral se presenta como dos caras de una misma moneda: de una parte, la moral del deber, de otra, la moral del bien. «Es una moral del deber, pues no hemos dejado de insistir en la necesidad de la regla y de la disciplina; pero, al mismo tiempo, es una moral del bien, y tiene en sí lo que se precisa para despertar el deseo y atraer la voluntad» (Durkheim, 1992, 103).

Se advierte en este tercer elemento que la moral es algo más que un conjunto de reglas externas y constrictivas sobre el sujeto moral. «La obligación o el deber no expresa, pues, más que uno de los aspectos, y un aspecto abstracto, de la moral» (Durkheim, 1996, 50). Ese algo más al que hace referencia este tercer elemento de la moralidad, es que, antes que nada, la moral es racional. Efectivamente, «lo que la conciencia moral reclama es una autonomía efectiva, verdadera, no sólo de un ser ideal sino del ser real que somos» (Durkheim, 1992, 129).

4. CONCLUSIÓN

El tema de la vida moral, al que Durkheim otorga un papel crucial, presupone el de la vida: la vida, a secas. *L'éducation morale* es un libro que expone didácticamente para sus alumnos lo que la conferencia de 1906 sobre la *Détermination du fait moral* presenta en términos dialécticos para un público eminentemente filosófico (sesión de la *Société française de Philosophie*) y académico (Durkheim, 1996, 55). Durkheim se ha tomado la moral, como tema humano y social, en serio: «el mal que sufren las sociedades europeas es esencialmente moral». Por esa razón, la moral forma parte de la *vida seria* (*vie sérieusse*) y no de la vida ligera (*vie légère*) (Didier, 2011). A pesar de que esta distinción es el tema que culmina el curso sobre la educación moral, no son muchos los comentaristas que han llamado la atención al respecto (Pickering 1984, 352-361; Watts Miller (2000, 180-181). Por esta razón nos hemos querido centrar en mostrar como para Durkheim la naturaleza del vínculo social es eminentemente moral. De ahí que el supuesto fundamental del que parte es que toda sociedad es una sociedad moral. Es decir, una moral vivida como el problema nuclear de toda la sociedad contemporánea. El análisis que efectúa sobre la anomia aboca al complejo dinamismo de las pasiones humanas. Dicha patología es una desviación, por defecto o por exceso, de un fenómeno que, en sí mismo, es considerado normal. Por consiguiente, es preciso proponer formas morales de acción que impidan que la intensificación de la vida social, dé lugar a este tipo de patologías. Y la atención a las patologías que forman parte de la vida ordinaria es preciso tenerlas muy presente, pues el hecho de vivir en una sociedad en crisis solicita la intervención del saber científico para superarla. Y a esa tarea consagra Durkheim todo su empeño. La educación moral se presenta como garante de la cohesión social, de la conciencia colectiva, de las representaciones.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arendt, H. (1993). *La condición humana*, Introducción de Manuel Cruz; trad. De Ramón Gil Novales, Barcelona: Paidós.
- Béjar, H. (2000). Estudio preliminar a *Montesquieu y Rousseau, precursores de la sociología*. Trad. de Miguel Ángel Ruiz de Azúa, Madrid: Tecnos.
- Besnard, Ph. (1973). *L'anomie, ses usages et ses fonctions dans la discipline sociologique depuis Durkheim*, Paris: P.U.F.
- Besnard, Ph. (1993). De la datation des cours pédagogiques de Durkheim à la recherche du thème dominant de son oeuvre, en Cardi, F. y Plantier, J. (éds). *Durkheim, sociologue de l'éducation*, Paris: L'Harmattan, Paris, 120-130.
- Calvino, I. (1995). *¿Por qué leer los clásicos?*, Barcelona: Tusquets.
- Charles-Henry, C. (2011). *Durkheim: modernité d'un classique*, Paris: Hermann.
- Coenen-Huther, J. (2010). *Durkheim*, Paris: A. Colin.
- Debesse, M. (2003). Prefacio, en Emile Durkheim, *Educación y sociología*, Barcelona: Península.
- Didier, F. (2011). A contribution to the critique of moral reason. *Anthropological Theory*, 11 (4), 481-491.
- Dill, J. (2007). Durkheim and Dewey and the challenge of contemporary moral education. *Journal of Moral Education*, 36 (2), 221-237.
- Durkheim, É. (1888). La science positive de la morale en Allemagne. *Revue Philosophique*, 24, 33-58.
- Durkheim, É. (1888b). Suicide et natalité. Étude de statistique morale. *Revue Philosophique*, 26, 446-463.
- Durkheim, É. (1895). Lo stato attuale degli studi sociologici in Francia. *Rivista di Sociologia*, III: 607-22, 691, 707, en Durkheim, E (1975) *Textes*, vol I: *Eléments d'une théorie social*, Paris: Editions de Minuit.
- Durkheim, É. (1901). Rôle des Universités dans l'éducation sociale du pays. Congrès International de l'éducation sociale, Paris: Alcan, en (1976) *Revue Française de Sociologie*, XVII, 1, 183-184.
- Durkheim, É. (1938). *L'évolution pédagogique en France*, Paris: Alcan.
- Durkheim, É. (1950). *Leçons de sociologie. Physique des mœurs et de droit*, Paris: P.U.F. en *Journal Sociologique* (1969), Paris: P.U.F.
- Durkheim, É. (1953). *Montesquieu et Rousseau, précurseurs de la Sociologie*, Note introductive de Georges DAVY, Paris: Librairie Marcel Rivière.
- Durkheim, É. (1970). Le dualisme de la nature humaine et ses conditions sociales. *Scientia*, 1914/XV, 206-221; en *La science sociale et l'action*, Paris: P.U.F.
- Durkheim, É. (1970). Les principes de 1789 et la sociologie. *Revue internationale de l'enseignement*, XIX/1890, 450-6; en ID., *La science sociale et l'action*, Paris: P.U.F., Introducción y presentación de Jean-Claude FILLOUX.
- Durkheim, É. (1971). *Educación como socialización*, Salamanca: Sígueme.
- Durkheim, É. (1986). *De la division du travail social*, Paris: P.U.F.
- Durkheim, É. (1990). *Le Suicide*, 5ª ed. Paris: P.U.F.
- Durkheim, É. (1992.) *L'éducation morale*, Avertissement de Paul Fauconnet, Paris: P.U.F.

- Durkheim, É. (1996). Détermination du fait moral. *Sociologie et philosophie*, Paris: P.U.F.
- Gözaydın, Í y Gülsoy, N. (2011). Why to read Durkheim today? *Journal of Sociology*, 23, 123-135.
- Jason, M. (2012). Suicide as Social Control. *Sociological Forum*, 27 (1), 207-227.
- Karady, V. (1976). Durkheim, les sciences sociales et l'Université : Bilan d'un demi-échec. *Revue Française de Sociologie*, XVII (2), 267-311.
- Laval, Ch. (2002). *L'ambition sociologique: Saint-Simon, Comte, Tocqueville, Marx, Durkheim, Weber*. Paris: Ed. La Découverte / M.A.U.S.S.
- Múgica, F. (2004). *Emile Durkheim. Civilización y división del trabajo (II). La naturaleza moral del vínculo social*, Serie de Clásicos de Sociología 12, Pamplona: Servicio de Publicaciones Universidad de Navarra.
- Múgica, F. (2005). *Emile Durkheim. La constitución moral de la sociedad (II). Egoísmo y anomia: el medio moral de una sociedad triste*, Serie de Clásicos de Sociología 15, Pamplona: Servicio de Publicaciones Universidad de Navarra.
- Pickering, W. S. F. (1984). *Durkheim's sociology of religion: themes and theories*, London: Routledge & Kegan Paul.
- Ramos Torre, R. (1999). *La sociología de Emile Durkheim. Patología social, tiempo, religión*, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Riba, J. (2008). Moral theory and anomie. *Isegoria*, 39, 335-347.
- Rodríguez, A. y Aguilera, J. C. (2009). De la constitución moral de la sociedad a la educación moral. *Revista española de pedagogía*, 67 (243), 319-335.
- Watts Miller, W. (2000). *Durkheim, Morals and Modernity*, London: Routledge.

PALABRAS CLAVE

Émile Durkheim, *L'Éducation Morale*, vínculo social, moralidad social

KEYWORDS

Emile Durkheim, *L'Éducation Morale*, social bond, social morality

PERFIL ACADÉMICO Y PROFESIONAL DE LOS AUTORES

Alfredo Rodríguez Sedano, Profesor Titular de Sociología en el Departamento de Educación de la Universidad de Navarra. En sus publicaciones ha abordado temas de Sociología de la Educación, Ética y Deontología profesional, Familia. También es autor de trabajos en los que se estudian las aportaciones más significativas de autores modernos que han tenido una impronta en las doctrinas pedagógicas actuales. (<http://www.unav.es/cv/arsedano>)

Ana Costa París, Doctora en Filosofía y Letras, sección Educación, por la Universidad de Navarra, donde en la actualidad ejerce como profesora ayudante en el Departamento de Educación. Su línea de investigación se centra en la educación moral y estética a través del arte y en especial, de la ópera y sus puestas en escena.

Dirección de los autores: Alfredo Rodríguez Sedano
Departamento de Educación
Edificio de Bibliotecas
Universidad de Navarra
31009 Pamplona
Correo electrónico: arsedano@unav.es

Ana Costa Paris
Departamento de Educación
Edificio de Bibliotecas
Universidad de Navarra
31009 Pamplona
Correo electrónico: acosta@unav.es

Fecha Recepción del Artículo: 27. Enero. 2012

Fecha Revisión del Artículo: 02. Mayo. 2012

Fecha Aceptación del Artículo: 23. Mayo. 2012

Fecha de Revisión para publicación: 09. Noviembre. 2012